

El Trayecto

Elisa González Gamo

Se levantó de la cama pisando el trozo de suelo iluminado por el Sol, y extendiendo los brazos hacia arriba, sintió como la tela de la camisa se separaba de su piel. Ya en el baño miró al espejo, contemplando una cara ojerosa pero firme. Hacía tiempo que no veía aquella determinación en su rostro. Ni las ojeras, ni el recuerdo iban a enturbiarle el día. Así que, decidió cepillarse el pelo y arreglarse con premura antes de preparar la maleta.

En la calle, sintió la necesidad de comerse el mundo, cuando apareció un taxi confabulado con un tiempo que no quería perder. Un paso en falso, unos minutos de espera y el pensamiento se vuelve contra ti, porque el recuerdo solo trae olvido. Afortunadamente se subió en el coche con la esperanza abierta, y por la ventanilla iba borrando los paisajes muertos.

El taxista la miraba por el espejo, esperando el momento de iniciar una conversación. Y cuando ella dirigió sus ojos hacia las manos que sujetaban el volante,

comentó.

-Hace buen día.

-Sí -afirmó ella.

-¿Viaja por motivos de trabajo o se va de vacaciones?

Todavía estaba más ofuscada de lo que creía con su pasado reciente, aun así decidió contestarle.

-Digamos que he decidido tomarme unas vacaciones.

-¡No hay nada como unas vacaciones...!- suspiró él -A mí, aún me queda mucho para las mías, pero cada día pienso que ya me falta menos.

-Mejor no pensar mucho ellas.

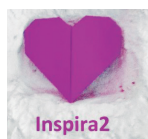
-Uf, si estuviera sentada las horas que yo estoy al volante lo comprendería.

-Es posible -dijo con menos frialdad.

-Mire, los atascos -explicaba mientras señalaba una calle colapsada-, siempre están en la zona dónde el cliente va con prisa, y muchos la toman contigo.

Intentó cortarle, sin éxito, para romper la monotonía de la conversación.

-Y qué decir de las manifestaciones, siempre hay.



Le reía sus ocurrencias con indiferencia, pero él continuaba enfrascado en su monólogo.

-Ríase, ríase pero todos los días hay una, por lo menos, excepto el que libras ¡claro!

Esta vez ella soltó una carcajada. Perpleja ante sí por su actitud, retiró la melena de su cara y se quitó las gafas de sol.

-Ya veo que no le gusta mucho su trabajo.

-Y a quién le gusta currar.

Por un momento una nube se posó en los ojos de la joven de los tejanos ceñidos, que dejó de escuchar a su interlocutor. El ruido de sus explicaciones se mezclaba con los pitidos de los conductores intransigentes, o los acelerones y frenazos de la manada de coches que los rodeaba. Y todo parecía un paisaje oscuro en un concierto, donde la sinfonía no acababa nunca, porque los músicos estaban muertos frente a sus flamantes instrumentos. La estampa la horrorizó y volvió a la conversación.

-¿Cómo te llamas?

-¿Yo? Paco, ¿y usted?

-Alicia, pero tutéame, gira en esa esquina, Paco.

-Pero... por ahí nos alejamos.

Ella le pidió silencio y la obedeció incluso cuando le mandó parar.

-¿Quieres un café? Me apetece tomar un café.

-¿Te gusto? -preguntó el taxista.

-No es necesario gustarse para tomar un café- le contestó, mientras observaba el esbozo de una sonrisa en su cara.

-Ya, pero estoy currando.

No le dejó terminar para continuar con un “yo invito, no te preocupes por el taxímetro”. La miró con recelo, y sin embargo, la obedeció porque le atraía, aunque le confundiera.

Mientras se sentaban en la mesa de una terraza empinada en una cuesta tranquila, Paco empezó a observar su vestimenta y terminó el recorrido en unas deportivas excesivamente cerradas. Alicia contemplaba los árboles con deleite, plantados en un paisaje

más claro, con notas serenas que invitaban su escucha.

-¿No perderás el tren? -preguntó él.

- Acabo de cogerlo.

A la mente se le vino un “que tía más rara” Pero su intriga crecía como la cuesta empinada que trepaba, impidiendo encajar bien las patas de las sillas.

Cuando trajeron los cafés, Alicia se recreó con el aroma del manjar tostado. ¡Parecía tan feliz! Miraba las flores de un seto con la noción perdida del tiempo. Y se distraía fijando la mirada en un cielo abierto.

-¿Te importa explicarme lo del tren?

Ahora, los ojos de la chica parecieron clavarse en un horizonte más estrecho.

-Paco, la vida es un tren con diferentes paradas, a veces se sube, a veces se baja.

-Dónde quieres que vayamos preguntó mientras deslizaba su mano para palpar la carne que tapaba su blusa, susurrando y paladeando su nombre.

- No es eso lo que busco. No, todavía... -respondió retirándosela con delicadeza.

- ¿Y qué es lo que buscas?

- No sé... ¡Vivir!, tan solo vivir.

- Será mejor que me pagues y me vuelva al curro -contestó decepcionando.

Alicia sacó una tarjeta, pagó al camarenero y también a Paco. Él miró de nuevo a sus deportivas, en un intento de convenirse, que su intuición no le había fallado. Fue entonces cuando recordó, que la había cogido instantes antes de aparcar en la parada de un hospital, y al abrir el maletero del coche, había percibido el escaso peso de la maleta.

Alicia al principio, no contestó a su mirada interrogante, pero después de volver su cuerpo en dirección contraria, sintió la necesidad de responder a esa mirada, aunque primero tuviera que preguntarse a sí misma, “Y ¿por qué no marcharnos juntos?”